

INTRODUCCIÓN

Angel Martínez, Universitat Rovira i Virgili
Cristina Larrea, Universitat de Barcelona

La globalización y sus descontentos

La globalización puede entenderse como un fenómeno dinámico caracterizado por la mayor interdependencia regional, por el papel destacado de las nuevas tecnologías para superar discontinuidades espaciales (ahora lo simultáneo en el tiempo ya no necesita ser contiguo en el espacio), por los procesos de plasticidad e hibridación culturales y por la preeminencia de la interconexión transnacional, tanto en el campo político (estructuras panestatales) como económico (internacionalización del capital), cultural (los *mass media*) y poblacional (los movimientos migratorios). La aparición de imágenes líquidas¹ (flujo, circulación, fluido) en el panorama de la modernidad y sus nuevas metáforas evocan transformaciones sociales de culturas, territorios y grupos que oscilan entre la homogeneización y la ductilidad, o que resisten reinventando tradiciones o generando nuevas identidades sociales, maneras de pensar y estilos de vida en un mundo cada vez más interdependiente. La paradoja producida entre un aumento de la expansión del proceso de modernización tecnológica y cultural del proyecto civilizatorio occidental y los procesos locales de resistencia cultural, así como el aumento de las desigualdades sociales tanto entre clases como entre países, conforman el contexto temático de este monográfico.

Observamos que las diferencias entre los estilos de vida de los habitantes de las ciudades multiculturales contemporáneas es cada vez menor, que la circulación de personas entre los diferentes países y territorios es más frecuente y que, a pesar de las diferencias culturales e idiomáticas, hay una mayor homogeneidad derivada de la

¹ A modo de ejemplo, véanse Barman (2000), García Selgas (2002) o Semprini (2003), entre otras muchas referencias.

metacultura global difundida por las nuevas tecnologías, los medios de comunicación de masas y las instituciones transnacionales. En este proceso de homogenización juega un papel determinante el poder de la “tecnología-economía mundo²” que, mientras genera desigualdades y procesos tanto de globalización como de desglobalización, enreda a los ciudadanos de la modernidad en relaciones sociales como la de consumidor-mercancía con su capacidad para trascender fronteras y límites culturales.

Generalmente se ha vinculado el proceso de homogeneización o uniformización cultural con el poder de determinación de las redes de mercado transnacionales que están generando una economía-mundo caracterizada por la multiplejidad de las relaciones y la pérdida de poder político y económico de las estructuras estatales. Durante la última década, el predominio de la economía financiera sobre la denominada –para algunos ya de forma desfasada– “economía real” ha facilitado los procesos de globalización y sus repercusiones en las políticas de los diferentes estados-nación, los cuales se muestran, paradójicamente, como demasiado pequeños para ejercer su autonomía en el marco global y como demasiado grandes para mantener el control de las realidades locales. El Estado-nación es, de hecho, una institución cada vez más vulnerable ante unos flujos financieros que se caracterizan por su internacionalización, volatilidad e impredecibilidad³. Como ha indicado David Held (2000:6), hoy en día “los mercados son más líquidos y constituyen una mayor fuente de inestabilidad”. Podemos añadir que también conforman un panorama global de mayor interdependencia nacional y regional, pues un dato económico inesperado en los centros de poder financiero puede tener una incidencia en contextos locales muy diversos de una forma simultánea e incluso vertiginosa. Ya lo intuía Eric Wolf en 1982 (1987) cuando afirmaba que habíamos un mundo profundamente interconectado e interrelacionado económicamente (y no tan solo económicamente), pues a principios de los ochenta del siglo pasado el cierre de los pozos petrolíferos del Golfo Pérsico paralizaba los generadores de Ohio, los japoneses construían una central hidroeléctrica en Sri Lanka o las factorías de la ya extinta Unión Soviética fabricaban automóviles japoneses.

Un fenómeno derivado de los procesos de globalización y su impacto en los diferentes mundos locales –aunque quizá la palabra “mundo” tenga una excesiva connotación de autonomía– es la intensificación del efecto de “desprendimiento” de los productos culturales (sean simbólicos o materiales, o ambas cosas a la vez) de su contexto socio-

2 Entendemos por “tecnología-economía mundo” la infraestructura de la globalización y por “metacultura global” su superestructura. En otro texto, uno de los autores ha desarrollado con mayor amplitud estos conceptos. Véase Martínez Hernández (2006).

3 Para un análisis sobre estos aspectos véanse Chesnais (1994); Ohmae (1995), Dicken (1998), Castells (1998a); Giddens (1990) o Held, McGrew, Goldblantt y Perraton (1999), entre otros muchos.

histórico y su inclusión en redes globales de comunicación y consumo. De forma dialéctica, los contextos locales hacen uso de los productos generados en otros “pequeños mundos” y establecen, así, una relación que puede ser de dependencia económica y/o contacto cultural. De esta forma se facilita e intensifica una interconexión que permite tanto los procesos de modernización del mundo indígena y tradicional como la indigenización y tradicionalización de la modernidad.

La modernización del mundo indígena o la inclusión de modelos culturales propios de las sociedades de capitalismo avanzado en contextos locales tradicionalmente alejados de este sistema productivo no es, obviamente, una realidad nueva, pues forma parte de la historia colonial y postcolonial. Otra cosa es la intensificación de este proceso en los últimos tiempos que lleva a que difícilmente podemos continuar hablando de pueblos, comunidades o culturas no influidos por las redes de mercado transnacional, por la adecuación de las políticas estatales a los nuevos escenarios de interdependencia, por la popularización de los medios de comunicación o por la lógica de la mercancía que afecta tanto a sus realidades internas como a las relaciones que establecen con otros grupos sociales. Incluso los fenómenos de resistencia a la pérdida de las referencias locales o el re-establecimiento de nuevos vínculos sociales basados en valores tradicionales, de reciprocidad, de ayuda mutua o de reinención identitaria pueden resultar incomprensibles sin esta contextualización que les ofrece sentido por negación o reacción.

La indigenización de la modernidad, por su parte, ha implicado un paso más en el proceso de mundialización, ya que involucra el desprendimiento estructural de diferentes productos culturales de sus ámbitos locales para insertarse en circuitos globales de mercantilización y consumo; ya estemos hablando de terapias tradicionales filipinas contra el cáncer en California, de arte andino en las calles de Nueva York o París, de música rai, hindí o árabe en los canales de televisión o de magia africana en Barcelona. La circulación de ideologías, de prácticas, de productos culturales, de formas de consumo e incluso de formas de resistencia, se enmarca en una lógica transnacional que encuentra sus condiciones de posibilidad en la mayor interdependencia regional. Las redes de interconexión entre territorios, países, estados-nación, regiones, ciudades, etc, han visto aumentadas su densidad con mallas más tupidas y un efecto de condensación del espacio que revierte en el contacto intercultural y en la asimilación y difusión de artefactos, ideas y productos culturales muy diversos.

No obstante, el paisaje líquido de la modernidad no se presenta como un mestizaje simétrico entre culturas, sino como una relación desigual. El *collage* cultural de nuestro tiempo no está construido a partir de una paridad de mundos en contacto, sino de una relación asimétrica. Los diferentes mundos culturales se encuentran cada vez más próximos, pero a la vez pueden resultar más antagónicos. La globalización también genera

una creciente desigualdad entre naciones, clases y regiones y contraponen dos sistemas: el sistema vertebrador de los estados-nación y los sistemas celulares de las minorías étnicas y religiosas. El ecocidio y el ideocidio característicos del proceso globalizador, por su parte, conllevan un aumento de la incertidumbre, la inseguridad y, por ende, también pueden conducir al conflicto, a la violencia y al terror (Appadurai 2007).

La metacultura global –o, si se prefiere, la cultura del nuevo capitalismo, postindustrial– está presente en su doble faceta de producto y estructura “estructurante”, como diría Bourdieu (1991). Por un lado, conforma un conjunto de productos, servicios, modas, tendencias, representaciones, valores y modelos culturales que se diseminan mediante los flujos transnacionales. Por otro, y aquí reside su poder, ella es la dimensión ideacional inherente a los mismos flujos que penetra en las lógicas regionales mercantilizando o refuncionalizando parte de sus productos y atrapando a las estructuras locales mediante sistemas diversos de hegemonía y coerción. La metacultura global puede entenderse en este punto como una ideología estructurante de la globalización, como un globalismo con su capacidad –como toda ideología– de generar un “sentido común” compartido y un proceso de inculcación que en este caso adquiere un carácter transnacional. Ya lo vislumbraba Gramsci cuando en *Il materialismo storico e la filosofia di Benedetto Croce* afirmaba que las relaciones de “hegemonía” se verifican no sólo entre las diferentes fuerzas internas que componen un país, sino también “en todo el campo internacional y mundial, entre grupos de civilización nacionales y continentales” (1948:26).

En los países europeos, se produce una división de intereses entre colectivos que viven más inmersos en la metacultura global y aquellas personas que persiguen la “autenticidad”, entendida como la metáfora primitiva que concentra las diferencias culturales en su estado más puro. Estas últimas encuentran su paraíso ideológico en los llamados países del Tercer Mundo o en vías de desarrollo, que son también los escenarios más desglobalizados. En estos contextos, la modernidad, incrustada sobre todo en los estilos de vida urbanos de las oligarquías locales, contrasta con espacios de subalternidad, de desglobalización, de resistencia cultural o con movimientos sociales que reinterpretan y reinventan la globalización, reclamando el control social de este fenómeno o imaginando una mundialización con rostro humano.

La etnografía de la modernidad y sus desafíos

El mundo contemporáneo está transformando el modo de concebir y practicar las relaciones políticas, sociales y económicas. Son estas transformaciones y los efectos de la modernidad, los objetos de reflexión antropológica propuestos por Ahmed and Shore (1995) y Moore (1996). La mayor contribución antropológica que se puede hacer hoy

en día consiste en analizar cómo se produce la diversidad cultural en los procesos de globalización del mundo contemporáneo y estudiar de manera reflexiva qué significa la noción múltiple de modernidad. Para ello, el uso de la categoría “metanarrativa” de la modernidad representa una herramienta analítica que permite construir modelos capaces de situar lo particular en un contexto más vasto y diverso, así como un modo de organizar la etnografía produciendo rupturas en el conocimiento y la práctica antropológicas. Como el análisis de la modernidad opera también en el campo metodológico, la etnografía “tradicional”, centrada en el trabajo de campo intensivo y de larga duración en un contexto social abarcable en términos espaciales y temporales, gracias al legado de Malinowski y Radcliffe-Brown (Ellen 1993), entra en crisis. Se necesita de una etnografía que se adapte al movimiento discontinuo de los grupos sociales y de los individuos (inmigraciones, desplazamientos humanos, etc.), por espacios múltiples (naciones, ciudades, comunidades, redes interáuticas, etc.), al tiempo que analice la configuración temporal subyacente en la reinención de la tradición y las identidades locales (Clifford 1995).

Constatamos un cambio cualitativo del método etnográfico a partir de la década de los 90. Mientras que en los 70 y los 80 el análisis crítico de la subjetividad subyacente a la escritura etnográfica desembocó en una ruptura del realismo etnográfico, los antropólogos de la década de los 90 desplazaron la crítica del texto a la relevancia política de la producción etnográfica. Si en los 80 la teoría literaria se fundió con la teoría etnográfica y la crisis etnográfica se observó como una crisis autorial del texto, en la actualidad el debate antropológico se centra en una autocrítica al proceso de “descolonización” a través de la redefinición de los conceptos de sociedad y cultura (Englund and Leach 2000). Esto ha planteado una ruptura disciplinar en el marco de las ciencias sociales para elaborar modelos más pertinentes que analicen diversos cambios sociales como, por ejemplo, los efectos de la globalización en las economías, las ideologías, las políticas y las sociedades locales. La idea de un mundo en movimiento, que tiende por un lado a la homogeneización y por el otro a la diversidad cultural, está implícita en el discurso de la modernidad. El movimiento de los capitales, las ideas o las instituciones han repercutido en la configuración de los mercados, la división internacional del trabajo, las pautas de consumo, la redefinición de las identidades y otros muchos procesos.

El método etnográfico a gran escala, capaz de captar la complejidad de un mundo contemporáneo en movimiento, plantea varias transformaciones en el discurso y la práctica. Por un lado, la etnografía constituye una herramienta crítica contra las políticas de convergencia y, por el otro, un método que necesariamente no está confinado a la disciplina antropológica. De ahí que la etnografía se haya transformado en un modo de conocimiento que se aplica en investigaciones fuera de la antropología, pues contamos con ejemplos del

uso etnográfico en otras disciplinas y saberes como la pedagogía, la sociología, la psicología, el trabajo social, la educación social, la enfermería, la epidemiología, etc.

Una de las mayores dificultades que Englund y Leach (2000) plantean es la de controlar analíticamente la idea de “perspectiva a gran escala” o “contextos más vastos” para el desarrollo práctico de la etnografía. Por eso, organizar la etnografía de modo múltiple con tantas “meta-narrativas” como escalas sean posibles de construirse analíticamente significa también ampliar el significado del concepto de modernidad y mostrar su diversidad interna. Existen múltiples significados de la modernidad, tanto como modelos etnográficos para analizar esta complejidad. El esfuerzo por abstraer el sentido de la multiplicidad discursiva de la modernidad estriba en replantear también la práctica etnográfica. Las relaciones entre los procesos globales y las respuestas locales son observadas a través de las diversas interconexiones entre los individuos, las mercancías, las burocracias, etc. Todo ello se analiza a través de una propuesta reflexiva donde el trabajo de campo constituye una experiencia insustituible para la producción del conocimiento antropológico. Sólo que esta esencia se desplaza y acomoda en un contexto más extenso y versátil donde lo local se globaliza y lo global se localiza.

Antropología médica y políticas transnacionales

Es precisamente en las intersecciones entre lo global y lo local y en los dilemas derivados de la adaptación del método etnográfico que emergen nuevos desafíos para la antropología médica contemporánea. En el plano global, observamos que la intensificación de los flujos migratorios ha conducido también a una interdependencia de los fenómenos sanitarios, entre ellos la propia globalización de las epidemias que supone una de las amenazas más destacadas de las sociedades del siglo XXI. El impacto dramático de la pandemia de VIH-SIDA, principalmente en los países africanos, y sus repercusiones sociales (impacto sobre la población económicamente activa, aumento de la orfandad entre los menores, desigualdades en el acceso a los tratamientos, etc.) son un ejemplo paradigmático de la mundialización de determinadas enfermedades y sus efectos.

El ejemplo del VIH-SIDA en África debe contextualizarse en la progresiva polarización del mundo tanto en términos económicos como en cuanto a las causas de morbi-mortalidad. La distribución mundial de la pobreza dibuja un escenario caracterizado por la omnipresencia de las enfermedades infecciosas en el llamado Tercer Mundo y de las enfermedades crónico-degenerativas en los contextos de capitalismo avanzado. Esta desigualdad está dificultando los procesos de transición epidemiológica o transición de salud de las sociedades más vulnerables y provocando en ellas un problema humanitario de enormes dimensiones: elevada mortalidad infantil, hambre crónica, pobreza

extrema, falta de acceso al agua potable, etc. En este marco, la articulación transnacional de las políticas sanitarias, no sólo en el campo de la prevención, sino también de la difusión de los derechos en salud pública, se ha convertido en una prioridad. No obstante, hasta ahora, los acuerdos programáticos de las agencias internacionales se han mostrado infructuosos y en muchos casos inoperativos por falta de una clara voluntad política de los gobiernos, especialmente de los países de capitalismo avanzado. Un ejemplo paradigmático de esta situación son las Metas del Milenio para 2015 de Naciones Unidas que, si bien loables, llevan camino de no alcanzar sus objetivos para esta fecha en la mayoría de los países, como reducir a la mitad la pobreza extrema y el hambre, disminuir en dos terceras partes la mortalidad de los niños y niñas menores de 5 años, mejorar la salud materna (reducción de la mortalidad de las gestantes en 2/3 partes) y detener la incidencia y prevalencia del VIH-SIDA y de otras enfermedades graves como el paludismo que afectan a las sociedades más desfavorecidas.

La hegemonía de la medicina occidental o biomedicina con respecto a los diferentes sistemas médicos locales es otra característica del proceso globalizador. Paradójicamente, mientras se niega el acceso a los tratamientos biomédicos a millones de personas cada día, los sistemas tradicionales son minusvalorados por parte de las agencias internacionales, aunque no por ello dejan de tener relevancia o incluso se reactiven localmente como consecuencia de su naturaleza no sólo terapéutica sino también cultural e identitaria. La llamada medicina intercultural es generalmente más una desiderata o un adorno retórico de las políticas transnacionales que una realidad en la mayoría de los contextos sociales. Con toda probabilidad, en ello juega un papel importante la biomedicina como sistema de conocimiento globalizado y sus procesos simbólicos de desocialización de la salud, la enfermedad y el sufrimiento humano.

Nuestra idea es que los procesos de atención-salud-enfermedad únicamente pueden analizarse de forma comprensiva desde la Antropología médica si se observan desde una mirada etnográfica capaz de mostrar las imbricaciones entre lo local y lo global. Por un lado, el análisis de las políticas transnacionales en salud requiere de un estudio pormenorizado sobre el contexto de gestión y el modo de aplicación de estas intervenciones en un espacio determinado con el fin de observar la diferencia entre la ideología, los objetivos y los efectos de la intervención. Por otro lado, la observación de las experiencias locales nos proporcionan un material empírico lo suficientemente rico para entender cómo actúan las comunidades ante los procesos de desarrollo y globalización de estas políticas y cómo influyen en los procesos de atención-salud-enfermedad.

El punto de partida de este monográfico de “Antropología médica y políticas transnacionales” es reflexionar sobre algunas cuestiones vinculadas al contexto que acabamos de apuntar, como la influencia de las políticas de salud pública en la articulación de los

sistemas médicos tradicionales y occidentales, la gestión local de las políticas sanitarias transnacionales, las nuevas condiciones de desigualdad social en salud, la importancia de la comparación transnacional de experiencias de intervención-acción-participación, o los problemas metodológicos de lo que podríamos llamar una “etnografía de los flujos”, ya sean éstos migratorios, políticos, ideológicos o de otro tipo. Los artículos que se incluyen en este monográfico se orientan temáticamente a algunos de estos objetivos o apuntan otros nuevos.

El primer artículo de Arachu Castro y Michael Westerhaus aborda el problema de la globalización de las patentes y su relación con la salud pública. Este tema no nos deja indiferentes, porque la expansión de la epidemia del SIDA en el mundo se ha cobrado millones de vidas. La relación entre los intereses comerciales de las empresas farmacéuticas y la salud pública es compleja, sobre todo cuando nos referimos a los medicamentos para el tratamiento de la infección por VIH. El reciente endurecimiento de la legislación en materia de patentes ha supuesto una victoria para la promoción de la salud en Sudáfrica o Brasil, países con altos índices de población seropositiva. Especialmente cabe destacar que la legislación en Brasil ha acabado con el monopolio de las patentes y ha abierto una nueva expectativa para países con alta prevalencia en VIH y escasos recursos para garantizar el tratamiento antirretroviral. La elaboración de genéricos ha sido una nueva solución repleta de dificultades reales a causa de la presión de las industrias farmacéuticas. Este relativo éxito de la salud pública juega con la presión de los tratados de libre comercio que favorecen el poder de las industrias farmacéuticas dedicadas a la investigación en los países en desarrollo. Amparadas, estas industrias, por el argumento de que la protección de 20 años que tienen las patentes es imprescindible para recuperar la inversión en investigación, soslayan realmente que una parte de esta investigación básica está financiada públicamente a través de los laboratorios universitarios. El conflicto entre los intereses públicos y privados en el comercio de medicamentos queda patente cuando nos enfrentamos a grandes pandemias como la del SIDA.

El segundo artículo de Martín Correa Urquiza, Thomas J. Silva, Márcio Belloc y Angel Martínez Hernández es un estudio comparativo sobre dos iniciativas innovadoras en el campo de la salud mental desarrolladas en Europa (Barcelona) y Brasil (Porto Alegre). En este caso se pone en evidencia cómo las políticas globalizadas de salud mental, concretamente aquellas orientadas al tratamiento de los trastornos mentales severos, se vinculan a doctrinas y sistemas expertos que mientras individualizan y naturalizan la aflicción y el sufrimiento mueven a su desocialización. El objetivo es aportar reflexiones para un nuevo paradigma que incluya las ciencias sociales y el método etnográfico como garante de la resocialización de los mundos de experiencia y también como definidor de las campañas de lucha anti-estigma. Se postula que es precisamente

en los espacios de participación social locales y pensados como no propiamente terapéuticos donde la posibilidad de una resignificación de las identidades sociales de los afectados y afectadas cobra entidad y capacidad para dignificar sus vivencias y sus potencialidades humanas.

En Brasil también se ha desarrollado un interés creciente por la aplicación de programas de saneamiento como una de las directrices de la OMS para reducir los indicadores de morbilidad, debido a la presencia de enfermedades infecciosas asociadas a la falta de higiene ambiental, y de mortalidad causada principalmente por las diarreas infantiles. La falta de alcantarillado, las dificultades de acceso al agua potable y la gestión de los residuos sólidos son factores que han influido en la presencia de estos indicadores. El gobierno brasileño realizó un esfuerzo económico en la década de los 90, gracias a la ayuda de fondos internacionales, para combatir este problema con la implementación de grandes intervenciones tecnológicas como la construcción de la red de alcantarillado en una ciudad de aproximadamente 2.500.000 de habitantes como Salvador de Bahía. Alcanzar la meta de cobertura de un 80% de la población ante un sistema deficiente que solamente cubría un 26% de las necesidades no ha sido tarea ni fácil ni barata. Los 600 millones de dólares iniciales para la ejecución de la obra se han transformado en más de 2000 kilómetros de tubo, 86 estaciones de bombeo y la conexión de más de 300.000 hogares a la red. Una obra de estas dimensiones transforma la ciudad y la relación que sus habitantes tienen con su barrio y su casa. El aumento de construcción de lavabos, la reducción de hedores en los barrios y la mejoría de la salud infantil contrastan con las dificultades y conflictos en la gestión del sistema. Los autores, Cristina Larrea y Mauricio Barreto, analizan el impacto de esta intervención desde dos perspectivas disciplinares distintas: la antropología y la epidemiología. La interdisciplinariedad juega un papel fundamental para analizar la complejidad de este fenómeno que articula las políticas globales a las experiencias locales en salud y gestión política del sistema.

En el cuarto artículo, Susana Ramírez reflexiona sobre el poder y utilidad de las categorías de etnicidad y religión para estudiar los procesos de salud-enfermedad-atención. Susana Ramírez demuestra en este artículo la pertinencia metodológica que estos dos conceptos tienen a la hora de comparar diversas etnografías propias realizadas en tres contextos distintos. Estas etnografías, llevadas a cabo en Argentina (Santa Ana), España (Barcelona) y Bolivia (Potosí) guardan el objetivo común de producir un modelo de análisis sobre la articulación de los sistemas médicos. La autora observa comparativamente que la religión y la etnicidad forman parte del sustrato cultural fundamental para comprender los procesos de atención a la salud.

En una línea semejante se ubica el trabajo de Lionel Obadia, que utiliza las categorías de etnicidad y religión para analizar las relaciones entre diversos sistemas médicos, las oposiciones entre distintas terapias, así como las relaciones de rivalidad y cooperación entre los terapeutas en Nepal. En este artículo el objetivo principal es describir las dinámicas de las relaciones entre el sistema médico occidental y las medicinas tradicionales. Si por un lado se ha observado un aumento y una expansión de la medicina occidental en el Nepal asociado al desarrollo económico, por otro se ha producido una revitalización de la curación tradicional. Las preferencias en la elección de terapeutas locales por parte del paciente están asociadas a la adscripción a la comunidad religiosa y, en menor medida, al grupo étnico. La combinación de terapias es frecuente, así como la automedicación, dependiendo de la eficiencia de la curación. Más allá de la adopción de una visión culturalista del fenómeno Lionel Obadia observa la competencia entre los terapeutas locales y el papel que las políticas de salud y las ONG's juegan en el Nepal. La etnografía es rica y permite comprender mejor el modo en que dichos sistemas cooperan y rivalizan entre sí. Observar la relación entre estos sistemas es, a la vez, una forma de reflexionar sobre los conceptos de tradición y modernidad.

La etnografía médica es una herramienta metodológica imprescindible para el análisis de las prácticas y creencias sobre el tratamiento de enfermedades infecciosas en programas de salud pública. El estudio de caso que Juan Muela y Susan Hausmann han realizado en Lipangalala, Tanzania, para conocer en profundidad las dificultades que la población enfrenta para acceder a la terapia antipalúdica constituye un ejemplo de etnografía médica integrado en un programa de prevención. Centrado en el concepto de "vulnerabilidad diferencial" ambos autores efectúan un análisis minucioso de las espirales acumulativas de vulnerabilidad para explicar las diferencias que existen entre las mujeres a la hora de tomar decisiones sobre la búsqueda de recursos para pagar los costes de la enfermedad. Factores como la densidad de las relaciones de parentesco, la capacidad de decisión de las mujeres y las actividades de explotación de la tierra determinan el tipo de estrategias sociales y económicas que las mujeres adoptan para enfrentar la enfermedad.

El siguiente texto, de Arancha de Meñaca, plantea la cuestión del proceso de medicalización de los migrantes ecuatorianos en España. El análisis de la producción de los discursos que vinculan la migración y la ruptura familiar con distintas enfermedades mentales y patologías sociales, tanto en origen como en destino, es el objetivo de reflexión de esta autora. Basado en una etnografía intensiva de la migración ecuatoriana y su relación con la salud, tanto en el contexto español como en el del país de origen, la autora compara la producción de los discursos de la experiencia migratoria en ambos contextos y analiza la construcción de imágenes medicalizadoras que atribuyen

un mayor riesgo a tener problemas mentales a los que deciden migrar y abandonar la familia en Ecuador. El enfrentamiento entre un discurso positivo de la migración y un discurso negativo coexiste en la estigmatización y el control social del proceso migratorio. Desde el origen observamos un discurso positivo entre los medios financieros y económicos que ven la migración como un fenómeno que aumenta la renta nacional frente a un discurso negativo entre los medios sociales, políticos, educativos, psicológicos y médicos que consideran la experiencia migratoria un mecanismo de destrucción de la estructura familiar y un peligro social al arrojar a las mujeres y a los niños ecuatorianos a una mayor vulnerabilidad ante problemas mentales y sociales. En España, dado que la mayoría de migrantes ecuatorianas son mujeres y pioneras del proceso migratorio, el estigma es mayor y más grave, pues son estas mujeres quienes abandonan la casa y los hijos y, por tanto, las que son culpabilizadas de la desestructuración familiar. Esta culpabilización coexiste al mismo tiempo con una imagen paternalista que las ve como víctimas del duelo migratorio. El proceso de medicalización de estos discursos es producido de modo diferenciado en España y Ecuador. Mientras que en el lugar de destino los psiquiatras son los profesionales que construyen las narrativas del saber experto, en Ecuador un saber ostentado por psicólogos medicaliza la experiencia migratoria y reproduce el control social y moral de las mujeres migrantes. Estos profesionales juegan un papel importante en el desarrollo de la estigmatización de estas mujeres y sus familias que contrasta con otras narrativas de dolor y sufrimiento elaboradas por las afectadas.

Por último, cerramos este monográfico con la reedición del interesante artículo de Tullio Sepilli, publicado con anterioridad en el volumen 9/10 de *AM Revista della Società Italiana di Antropologia Medica*. En él, se debate sobre la capacidad del servicio sanitario europeo para dar respuesta a la inmigración. La primera contradicción con la que se depara este autor es la coexistencia de una política pública de intervención en el área de la salud junto a una política de control social. Por un lado, existe la necesidad de ofrecer diferentes respuestas para cubrir las necesidades en salud ante el fenómeno migratorio y, por otro, se produce un control burocrático de gestión de la alteridad. Primero hay que tener en cuenta que el fenómeno migratorio es estructural y responde a las políticas de globalización del mercado y, segundo, que los inmigrantes son ciudadanos heterogéneos y diversos social y culturalmente. En este sentido, los servicios sanitarios se deparan con su incapacidad profesional para dar respuesta a las distintas matrices culturales y su dificultad para reconocer la fuerza de la medicalización y la relación entre medicina occidental y medicinas tradicionales en los países de origen. También se desarrolla una excelente reflexión sobre los malos usos de la noción de multiculturalidad a la hora de analizar la relación entre la medicina occidental y otros sistemas médicos tradicionales.

En su conjunto este monográfico explora la relación entre lo global y lo local, por un lado, y la dimensión práctica de la antropología y de la mirada etnográfica para analizar, reflexionar o desarrollar programas de tipo sanitario. Los dilemas asociados a la profesión de antropólogo/a que surgen de los diferentes textos encuentran algunas respuestas y también fomentan nuevas preguntas para afrontar la complejidad de nuestro tiempo en el ámbito de la salud. Probablemente ahí está el reto de un saber abierto y dialéctico que sin abjurar de su naturaleza crítica, aborde el rol profesional de los antropólogos en un mundo en transformación.

Bibliografía Citada

- AHMED, A. & SHORE, C. (eds.) (1995) *The Future of Anthropology. Its Relevance to the Contemporary World*, London & Atlantic Highlands: N.J. Athlone.
- APPADURAI, A. (2007) *El rechazo de las minorías. Ensayo sobre la geografía de la furia*, Barcelona: Tusquets Editores.
- BAUMAN, Z. (2000) *Liquid Modernity*, Cambridge (UK): Polity.
- BOURDIEU, P. (1991) *El sentido práctico*, Madrid: Taurus.
- CASTELLS, M. (1998) *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. 3 Vols.*, Madrid: Alianza Editorial.
- CHESNAIS, F. (1994) *La mondialisation du capital*, París: Syros.
- DICKEN, P. (1998) *Global Shift: Transforming the World Economy*, Londres, Chapman.
- ELLEN, R.F. (ed.) (1993) *Ethnographic Research. A Guide to General Conduct*, London, San Diego, New York, Boston, Sydney, Tokyo, Toronto: Academic Press, Seventh Printing.
- ENGLUND, H.; LEACH, J. (2000) "Ethnography and the Meta-Narratives of Modernity", *Current Anthropology*, vol. 41(2), april, pp. 225-248.
- GARCÍA SELGAS, FJ. (2006) "Bosquejo de una teoría de la fluidez social", *Política y Sociedad*, 43 (2):13-31.
- GIDDENS, A. (1990) *The Consequences of Modernity*, Stanford: Stanford University Press.
- GRAMSCI, A. (1948) *Il materialismo storico e la filosofia di Benedetto Croce*, Turí: Einaudi.
- ERICKSON, P. I. (2003) "Medical Anthropology and Global Health", *Medical Anthropology Quarterly*, 17(1): pp. 3-4.
- HEDELMAN, M.; HAUGERUD, A. (ed.) (2005) *The Anthropology of Development and Globalization. From Classical Political Economy to Contemporary Neoliberalism.*, Oxford: Blackwell Publishing.
- HELD, D. (2000), "¿Hay que regularizar la globalización?", *Claves de razón práctica*, 99: pp.4-11.

- HELD, D., A.G. MCGREW, D. GOLDBLANTT I J. PERRATON (1999) *Global Transformations: Politics, Economics and Culture*, Cambridge: Polity Press.
- MARTINEZ HERNAEZ, A. (2006) "Cultures líquides. Ductilitat i mestissatge en un món globalitzat", in Antonio Salcedo (Ed.) *Globalització i cultura*, Tarragona: Silva Editorial, pp: 21-36.
- MOORE, H.L. (1996) *The Future of Anthropological Knowledge*, London: Routledge.
- SEMPRINI, A. (2003) *La società di flusso*, Milan: Franco Angeli.